

Teim



Análisis del observatorio electoral TEIM

REPUBLICACION:

IRAN/Irán ¿cambio conservador?

Luciano Zaccara

Fecha de primera publicación: septiembre de 2005
En: Política Exterior, 107. Septiembre / Octubre 2005

POLITICA EXTERIOR



Observatorio Electoral

Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos
Universidad Autónoma de Madrid

www.observatorioelectoral.es

ISSN: en trámite

www.observatorioelectoral.es

Irán: ¿cambio conservador?

Luciano Zaccara

La victoria de Mahmud Ahmadineyad ha desconcertado a la mayoría de analistas internacionales, que daban por segura la de Hashemi Rafsanyani. Lo sucedido obliga a reelaborar los análisis sobre el comportamiento electoral iraní y la futura gestión del gobierno.

Por primera vez desde 1979 fueron necesarias dos rondas electorales para decidir al vencedor en las novenas elecciones presidenciales, algo que se preveía debido a la escasa popularidad de los candidatos en pugna. Mientras que todas las predicciones y sondeos electorales, incluso las encuestas de la agencia de noticias oficial iraní, Irna, daban como segura una segunda ronda entre Hashemi Rafsanyani y el reformista Mustafá Moin o el ex militar conservador Mohamed Bagher Qalibaf, los resultados de la primer ronda dejaron claro que el comportamiento electoral iraní distaba mucho de ser previsible. Los periódicos iraníes pronosticaban una participación menor del 50 por cien y sin embargo, según datos del ministerio del Interior, un 62,4 por cien de la población emitió su voto.

Un rápido repaso a los resultados de la primera ronda permite apreciar que Rafsanyani obtuvo el 21,13 por cien de los sufragios –6.159.452 votos– frente al 19,43 por cien de Mahmud Ahmadineyad, y el 17,28 por cien del clérigo reformista Mehdi Karrubi, los tres muy por debajo de la mayoría absoluta necesaria para proclamarse ganador. Los tres candidatos reformistas –Moin, Karrubi y Mohsen Mehralizadeh– lograron sumar apenas 9.409.743 votos, muy alejados de los 21 millones que obtuvo Mohamed Jatami en su momento. Y los tres candidatos conservadores –Ahmadineyad, Qalibaf y Alí Lariyani– 11.525.705 votos; si a éstos se suman los de Rafsanyani, se obtienen 17.685.157 sufragios.

En los resultados desagregados, Ahmadineyad logró una gran victoria en la provincia de Teherán, al igual que en la capital, feudo por excelencia

Luciano Zaccara es investigador del Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos de la Universidad Autónoma de Madrid.

del movimiento reformista que surgió a finales de los años noventa, donde obtuvo el primer lugar con más de 900.000 votos, frente a Rafsanyani, que apenas superó los 600.000. En otras provincias se demostró la importancia de las redes clientelares, de parentesco y de pertenencia regional de los diferentes candidatos. Qalibaf obtuvo la mayoría de votos en la provincia de Jorasán, la segunda en importancia por la cantidad de votos; Mehralizadeh en las norteñas de Azerbaiyán Oriental y Occidental; Karrubi en Lorestán; Lariyani en Mazandarán; y Rafsanyani en Kerman. Según el analista político de *Iran News*, Mehrdad Serjoui, en la primera ronda se sacrificó el interés nacional en pos de las consideraciones regionales y la pertenencia étnica y local. En el mismo periódico, el analista Morteza Firoozi denominaba “nacionalismo étnico” a esa distribución del voto provincial.

El escrutinio no estuvo exento de dudas e irregularidades a pesar de las garantías dadas por el presidente Jatami. Karrubi, que en los primeros resultados dados a conocer por el ministerio del Interior y la agencia IRNA iba en segundo lugar, terminó en un “sospechoso” tercer puesto que lo dejaba fuera del *ballotage*. Las más de 300 denuncias de irregularidades cometidas en muchos colegios electorales a lo largo del país llevó al candidato perjudicado a exigir al líder Alí Jamenei una investigación y el recuento de los votos en las provincias de Teherán e Isfahan. Ante la negativa del Consejo de Guardianes, órgano colegiado que supervisa el proceso electoral, Karrubi renunció a sus cargos institucionales y partidarios como protesta.

Una de las explicaciones de este sorpresivo segundo puesto de Ahmadineyad es que en esta ocasión, la maquinaria movilizadora de los *basiji* –militantes que representan la fuerza del choque del régimen– logró en pocos días volcar los resultados a través del boca a boca y de la oración de la mezquita del viernes –a pesar de estar prohibida por ley electoral– que hicieron que la afluencia de votantes por la tarde y noche del 17 de junio se incrementara notablemente, haciendo incluso que el horario del cierre de las mesas tuviera que extenderse en cuatro ocasiones hasta las 11 de la noche. Las redes clientelares de Ahmadineyad, quien no había abandonado su cargo de alcalde de Teherán a pesar de ser condición *sine qua non* para presentar su candidatura presidencial, suplieron la falta de publicidad del candidato, que hizo gala de austeridad en la campaña electoral. Muchos vieron su cara por primera vez tras la primera ronda electoral.

La segunda ronda también presentaría una nueva sorpresa entre los analistas. Se preveía que los llamamientos a votar por Rafsanyani por parte de los tres candidatos reformistas –Karrubi, Moin y Mehralizadeh– sumado al de Jatami y los apoyos de las dos principales agrupaciones reformistas, el Frente para la Participación Islámica de Irán y la Organización de los Muyahidines de la Revolución Islámica, serían suficientes para volcar los votos “reformistas” hacia él por miedo a la oleada “ultraconservadora” que representaba Ahmadineyad. Por tanto, las previsiones de participación superaban

a las de la primera ronda. Sin embargo, fue menor, 59,76 por cien, y la avalancha de votos obtenidos por Ahmadineyad no dejó dudas sobre el rotundo fracaso de Rafsanyani y del reformismo como movimiento político en Irán.

Ahmadineyad se proclamó vencedor con 17.248.782 votos –61,69 por cien– frente a los 10.046.701 de Rafsanyani, y ganó en 29 de las 30 provincias iraníes. Rafsanyani sólo se pudo imponer en Sistan-Baluchistán y en las mesas en el extranjero, con el 57,04 por cien. Como dato al menos curioso cabe remarcar que en Kerman, la provincia natal de Rafsanyani, éste se había impuesto en la primera ronda con el 40,32 por cien de votos frente al 10,85 por cien de Ahmadineyad, mientras que en la segunda no pudo superar a su rival, al lograr el 47,97 por cien frente al 50,71 por cien del vencedor.

Los electores iraníes decidieron que la alianza in extremis de “reformistas” y “pragmáticos” era más de lo mismo, mientras que el alcalde de Teherán representaba una novedad. Con 46 años, laico y formado durante la guerra contra Irak, este candidato se mostraba más cercano a las necesidades de la sufrida población iraní. Su discurso populista, purista y combativo contra las “mafias” locales, la corrupción y la presión extranjera, prometía la redistribución de la renta petrolera, justamente lo contrario a las propuestas liberalizadoras de los otros candidatos, que pretendían abrir a Irán al sistema internacional y a la inversión extranjera. El programa de gobierno del vencedor es aún una incógnita, más allá de las primeras declaraciones con respecto al programa nuclear y Estados Unidos. Sus apoyos políticos son muy importantes dentro del *establishment* iraní. Está casado con la hija de Ahmad Yannati, jefe del poderoso Consejo de Guardianes, y conserva sus contactos con los *basiji* y *pasdaran*, el ejército revolucionario que obedece a Jamenei. Aun así, queda por ver si su poder es suficiente para mostrarse autónomo frente a la cúpula de poder o, por el contrario, si sólo será el brazo ejecutor del mismo.

Al igual que en la primera ronda, la movilización promovida por los *basiji* garantizó la afluencia de público a las urnas hasta entrada la noche, y también se multiplicaron las denuncias sobre la actuación irregular de militares y policías en decenas de mesas electorales a lo largo del país. Estas irregularidades, sumadas a algunos “puntos oscuros” de la mecánica electoral –cualquier ciudadano puede elegir dónde votar sin que exista un registro electoral por regiones o ciudades, lo que dificulta el control del “voto múltiple”– han permitido que se multiplicaran las críticas desde el extranjero acerca de la ilegitimidad de los resultados.

Las claves de los resultados

La primera de las evaluaciones a realizar de estos comicios es la relativa a los resultados oficiales dados a conocer por el ministerio del Interior y to-



AP/RADIALPRESS

***El nuevo presidente iraní, Mahmud Ahmadineyad,
en su primera conferencia de prensa (26 de junio de 2005)***

mados como válidos. De la primera ronda se puede extraer la conclusión de que tanto el campo de los reformistas como el de los conservadores han estado fragmentados. Los ocho candidatos (luego siete tras la retirada de Mohsen Rezai) no fueron capaces de superar sus diferencias particulares para favorecer a uno solo dentro de su propio campo. Moin, Karrubi y Mehralizadeh permitieron una derrota flagrante del reformismo. A su vez, los conservadores, que se debatían entre los apoyos a Rafsanyani, Qalibaf, Lariyani y Ahmadineyad, generaron por primera vez la necesidad de llegar a una segunda ronda, con un solo candidato que superara el 20 por cien de votos, muy poco para las necesidades legitimadoras del régimen.

El voto fragmentado de la población iraní, otro de los puntos sobresalientes de la elección, se demostró en dos aspectos. En primer lugar, en la victoria de cada candidato en sus propias provincias, ya detallada más arriba. En segundo lugar, en la dispersión del voto a nivel nacional y regional entre los siete candidatos, ya que ninguno obtuvo mayoría absoluta en ninguna provincia.

La segunda ronda, aunque sorpresiva también, demostró dos cuestiones. La primera, la capacidad de movilización de las redes clientelares de las mezquitas, las bonyads y los basij, que garantizaron una afluencia de votos muy superior a lo previsto y permitieron una cómoda victoria de Ahmadineyad. La segunda, la voluntad de cambio de la población iraní, más allá de que el cambio no se exprese en el campo ideológico sino en el estilo político y la personalidad del candidato ganador.

La segunda evaluación se refiere a lo que representa la victoria de un “ultraconservador” para la sociedad y el sistema político iraníes. Dos elementos que deben destacarse son que por primera vez desde la creación de la república en 1979, el presidente y el jefe del Parlamento son laicos, y que al menos en teoría, los diferentes órganos que componen la estructura de poder del Estado –la presidencia, el Consejo de Guardianes, el Consejo de Discernimiento, el Parlamento y el liderazgo espiritual– son ideológicamente coherentes entre sí, a diferencia de lo ocurrido en el periodo reformista o incluso durante la presidencia de Rafsanyani entre 1989 y 1997. La victoria de Ahmadineyad significa también la profundización del proceso de relevo generacional de los políticos con cargos electivos, que se viene demostrando con la reducción de la edad promedio mostrada en las diferentes legislaturas. Este relevo generacional no significa un cambio en la ideología de los políticos ni de los votantes, sino un cambio en las maneras de hacer política y en la legitimidad de este nuevo grupo forjado no ya en la lucha revolucionaria, sino durante la guerra contra Irak en 1980-88 y en los años posteriores de reconstrucción económica y social del país.

Para explicar la victoria de Ahmadineyad, o la derrota del proceso reformista, hay que entender que Teherán es una isla de “modernidad” dentro de Irán, y que basta alejarse 100 kilómetros de la capital para descubrir que las tradiciones centenarias se siguen conservando intactas, en cuanto a comportamiento social, económico y político. El uso “descuidado” del velo es algo que sólo se observa en algunos barrios de la capital y en ciertos sectores de la juventud de las clases medias y altas, mientras que en el resto de la ciudad y del país no forma parte de la discusión. Sin embargo, los más de 17 millones de votos obtenidos por el vencedor en las presidenciales no deben considerarse votos “conservadores”, de la misma manera que con anterioridad los 21 millones de votos obtenidos por Jatami no debían considerarse “reformistas”. La población iraní ha votado antes como ahora por el cambio, pero no por un cambio estrictamente ideológico-político sino más bien económico y de comportamiento con respecto al poder.

La ampliación de la participación democrática no parece ser un reclamo importante para la mayoría de la población de un país que desde 1979 ha acudido a 26 procesos electorales, entre referendos constitucionales, elecciones presidenciales, parlamentarias, municipales y de asamblea de expertos, mucho más que lo que cualquier democracia occidental puede ostentar. En cambio los iraníes votan a quien les promete mejorar sus condiciones económicas, laborales y sociales, luchar contra la corrupción y las mafias

*Rafsanyani
representaba
todo lo malo
que ha encarnado
el régimen
en 25 años*

políticas que “roban” a la población. Jatami representó esa opción para gran parte de la población iraní en 1997, con el añadido de que los sectores intelectuales y “liberalizados” de Teherán también vieron en él la posibilidad del cambio político.

En la actualidad, Ahmadineyad ha representado esa intención de cambio. La población iraní no lo ha identificado como el candidato del régimen, más allá de que él mismo es un subproducto del sistema, y que desde las mezquitas se pidiera votar en su favor. En cambio, se vio a Rafsanyani como el candidato que representaba todo lo malo que ha encarnado el régimen en 25 años. No en vano es popularmente conocida su reputación de “el hombre más rico de Irán” a costa del pueblo iraní. Por eso, el “voto del miedo” que se intentó atraer hacia él en la segunda ronda sólo caló en los sectores intelectuales y reformistas de Teherán o en las provincias del Norte que temían el “negro porvenir” con un presidente ultraconservador. El resto de los iraníes en cambio han dado la espalda tanto al eterno personaje que nunca ha dejado del todo la escena política iraní, como a los que fracasaron en su intento de reformar el sistema desde dentro en los últimos ocho años.

Todos nos hemos equivocado al pensar que Rafsanyani era el candidato del régimen. Esta elección demostró que a pesar de su poder, tiene muchos y fuertes adversarios dentro del grupo que controla Irán. El Consejo de Guardianes junto a Jamenei, dieron todo su apoyo al candidato vencedor, desoyendo las impugnaciones y críticas al proceso electoral por parte de los reformistas. Ahmadineyad fue “el candidato” del régimen, aunque esto no quiera decir que será “el presidente” del régimen. Falta saber si tiene suficiente poder para mantenerse su autonomía frente al poder, ya que cuenta con el apoyo de los *pasdaran*, una fuerza militar que, en caso de enfrentamiento interno, puede complicar la autoridad de los clérigos.

Otra cuestión importante a tener en cuenta es que el reformismo encarnado en la presidencia de Mohamed Jatami, lejos de ser un movimiento de carácter nacional, homogéneo y con claras definiciones ideológicas, ha sido un conglomerado de políticos y religiosos, la mayoría de ellos salidos del mismo riñón del régimen, incluyendo al propio Jatami y a los diversos candidatos presentados en las últimas elecciones presidenciales. Su escasa coherencia interna ha favorecido su fracaso electoral, por lo que resulta difícil en este momento visualizar las opciones opositoras dentro de Irán. El movimiento estudiantil también está desarticulado y no puede presentar una opción frente a las organizaciones militantes *basiji*.

Este último resultado no favorecerá ciertamente la democratización en Irán. Pero tampoco se volverá a los tiempos revolucionarios más sangrientos. Para el régimen es tiempo de recomponer la elite dominante y garantizar en cierta medida el bienestar de su población para evitar el surgimiento de nuevos movimientos de oposición que amenacen la estabilidad del sistema. En este sentido, el populismo será la nota distintiva del programa de go-

bierno de Ahmadineyad, lo que ampliará las redes clientelares a través del aumento de subsidios al consumo y de la ayuda social. Será un momento también de mayor control de las costumbres sociales, que se notará fundamentalmente en Teherán, la ciudad más “moderna” y reformista de Irán.

Los interrogantes planteados acerca de la superación de la desilusión de la población iraní con respecto a acudir a las urnas y sobre la capacidad de recomposición de la elite política iraní se pueden contestar afirmativamente. Si bien no se llegó a la tasa de participación de las dos elecciones que llevaron a Jatami a la presidencia, lo cierto es que se superó con creces lo previsto. A su vez, la clase política iraní demostró que es capaz de fagocitar a todos aquellos personajes políticos que pudieran aspirar a condicionar de forma individual al propio sistema. Mientras que todos los analistas (y gran parte de los iraníes) presuponían que Rafsanjani era el hombre más poderoso del espectro político y “el candidato” del régimen, los resultados demostraron que no fue capaz de congregarse los apoyos suficientes para movilizar votos a su favor. Por el contrario, un casi desconocido pudo ganar las elecciones con el apoyo explícito de los grandes cargos del sistema político.

Comparando estas elecciones con los anteriores realizados en Irán durante el periodo republicano es posible elaborar una serie de apuntes resumidos en torno a cinco cuestiones:

1. Representatividad de los partidos y de los candidatos. Los filtros de las precandidaturas establecidos por el Consejo de Guardianes, en ocasiones muy estrictos, no permiten la representación de todos los sectores de la población. Los criterios de selección de candidatos por el Consejo de Guardianes son poco claros y arbitrarios, impidiendo que candidatos antisistema puedan participar de las elecciones.

2. Participación electoral. La participación, de acuerdo con los datos oficiales, legitimaría los resultados electorales en función de criterios numéricos de la mayoría absoluta de los votantes habilitados. La proporción de votantes habilitados en relación a la población total es del 65 por cien.

3. Reclutamiento de líderes y presentación de programas alternativos con confrontación de ideas. La captación de líderes políticos es intra-elite. Debido al filtro institucional, no existe la posibilidad de que un líder no “aceptado” por la elite participe en el proceso electoral. La prensa es la tribuna desde donde los diferentes candidatos expresan sus ideas y opiniones políticas. No está permitida la utilización de los medios públicos para propaganda política.

4. Elecciones abiertas y justas. La diferencia de recursos disponibles por los candidatos y partidos oficiales y no oficiales predetermina de ante-

Hay un consenso en toda la clase política sobre la legitimidad del enriquecimiento de uranio

mano el resultado electoral, o lo predeterminan otros factores. Los resultados electorales están condicionados por varios factores: que el candidato supere el filtro electoral, por lo que debe necesariamente ser considerado “del sistema”; el apoyo que diversas facciones, asociaciones políticas y medios de prensa expliciten con respecto al candidato y la participación de electores.

5. Limpieza en el proceso electoral. No existen mecanismos neutrales de vigilancia, y las denuncias son desatendidas por parte del Consejo de Guardianes, órgano supervisor del proceso por encima del ministerio del Interior. No hay observadores extranjeros, sólo fiscales de los diferentes candidatos. El recuento de votos se realiza bajo la supervisión del ministerio del Interior, que publica los resultados definitivos.

6. Relevancia de las elecciones y capacidad de las instituciones electas para alterar el sistema político. La experiencia del periodo reformista encarnado en la presidencia de Jatami (1997-2005), el Sexto *Majlis* (2000-04) y las primeras elecciones municipales (1999) han demostrado que la capacidad de las instituciones electas en las transformaciones socioeconómicas y políticas son escasas. La estructura elitista del sistema político iraní, con el Consejo de Discernimiento, el Consejo de Guardianes y el líder espiritual, sigue rigiendo la estructura de poder y garantizándose su estabilidad y supervivencia como elite. Por tanto, las elecciones resultan poco relevantes como generador de cambio institucional permanente.

Los errores de los analistas y las perspectivas

Como en 1997, cuando Jatami venció en los comicios presidenciales contra la mayoría de los pronósticos, Irán ha vuelto a demostrar que los analistas internacionales no son capaces de predecir lo que pasará cada vez que se llama a las urnas. En este caso es necesario hacer una autocrítica acerca de los mecanismos de predicción y los criterios de análisis a utilizar en procesos electorales complejos como el iraní, y de los conocimientos que se están elaborando en universidades, centros de estudios y *think tanks* con respecto a la sociedad y la política contemporánea iraní.

Los errores más comunes de los analistas fueron, por una parte, pensar que a mayor tasa de participación real las posibilidades de los candidatos reformistas serían superiores, por la experiencia de las victorias de Jatami con una gran tasa de participación. En este caso, una participación del 62 y del 59 por cien en las dos rondas no favoreció a los reformistas, demostrando que “el cambio” o “el progresismo” para gran parte de la población iraní no representaban lo mismo que para los observadores internacionales. Mientras que desde Occidente, y parte de la clase media capitalina iraní, se pensaba que Rafsanyani era la opción más progresista en la segunda ronda, la mayoría pensó lo contrario; es decir, que sería la continuación de

un grupo de políticos en el poder que no habían cumplido con sus obligaciones con el pueblo. Esta mayoría consideró que el cambio estaba representado por Ahmadineyad, un personaje desconocido pero con un mensaje populista y purista que caló profundamente.

El segundo error consistió en pensar que la afluencia masiva de los jóvenes a las urnas favorecería a los reformistas, al presuponer que el voto joven sería un voto progresista, y que en este caso el progresismo estaba identificado con los candidatos reformistas, en la primera ronda, y con Rafsanyani en la segunda. En este sentido, como han señalado ya algunos analistas, “el gran poder político otorgado a la juventud y su dinámica no ha sido asunto de investigación académica [en Occidente] porque la edad de votación de los 15 años no ha tenido mucha tradición en las sociedades democráticas”,¹ por lo que no se supo evaluar cuáles serían los elementos que esa franja de población iraní tendría en cuenta a la hora de introducir la papeleta.

En cuanto a predicciones y encuestas, todas demostraron estar erradas en cuanto a la intención de voto y a la previsión de participación. Ahmadineyad figuraba el último en todas ellas, y en todos los casos, se previó una abstención superior al 50 por cien.

Sin embargo, las consecuencias más graves de los errores cometidos en el actual proceso electoral son los referentes a las líneas de acción-reacción que se pueden plantear desde Europa, EE UU y las organizaciones internacionales con respecto a los focos de tensión existentes con Irán. En los ambientes diplomáticos se veía con buenos ojos la victoria de Rafsanyani, con quien incluso se habrían iniciado contactos extraoficiales de cara a las negociaciones pendientes del informe nuclear iraní. Las alarmas saltaron con la victoria de Ahmadineyad y sus primeras declaraciones respecto a la voluntad de continuación con el programa nuclear y su reconocimiento de la irrelevancia de mejorar relaciones con EE UU. Sin embargo, hay que tener en cuenta algunas cuestiones antes de tomar decisiones que pudieran traer consecuencias graves en este asunto.

Primero, las propuestas de los diferentes candidatos que participaron en las elecciones presidenciales. Ninguno había dicho nada respecto a la suspensión del proceso de enriquecimiento de uranio. Sobre este asunto existía dentro de la clase política iraní un consenso tácito, ya que todos declaraban legítimo el derecho iraní a poseer y utilizar sus propios recursos energéticos y tecnológicos. Por lo que la elección tanto del reformista Moin o del propio Rafsanyani no habría variado esta política iraní, sólo quizá en la voluntad negociadora con respecto a la Unión Europea o el Organismo Internacional de la Energía Atómica (OIEA). Aunque inesperada, la victoria de Ahmadineyad no implica que necesariamente deba reaccionarse de mane-

1. Siamak Alí, “Iran election: no surprise that everybody was ‘surprised’...!”, en www.payvand.com/news/05/jul/1079.html

ra muy diferente a lo que habría sido en caso de que hubiera ganado otro candidato. Más allá de los discursos incendiarios de Ahmadineyad y del secretario de Defensa de EE UU, Donald Rumsfeld, la predisposición negociadora de EE UU y la UE debe ser la misma que la mostrada antes del 24 de junio, como así también su firmeza en caso del incumplimiento de los compromisos asumidos por parte del gobierno iraní.

Segundo, hay que tener en cuenta que la política exterior y, en particular, la nuclear no son ámbitos de exclusiva competencia del presidente. Dentro del sistema político iraní existen diversos organismos gubernamentales que participan en la formulación de la política exterior. Entre los mismos se cuentan, por orden de importancia: el líder espiritual; la presidencia y el ministerio de Asuntos Exteriores; el Consejo de Seguridad Nacional; el Consejo de Discernimiento, y el Comité de Seguridad Nacional y Política Exterior del Parlamento. También la Guardia Revolucionaria Islámica o *pasdaran* y el ministerio de Cultura y Guía Islámica tienen capacidad de influir en el proceso de toma de decisiones.

El ejemplo de la controversia por el programa nuclear iraní es esclarecedor a la hora de demostrar esa existencia de una multiplicidad de centros de poder y la manera en que las decisiones en política exterior representan el epifenómeno de las disputas entre facciones al interior del sistema. La crisis desatada en 2003, resuelta con la visita de la troika europea anglo-franco-germana, tuvo como negociador iraní a Hassan Rowhani, jefe del Consejo de Seguridad Nacional, y no al ministro de Asuntos Exteriores, Kamal Jarrazi, cara diplomática del gobierno de Jatami. Rowhani, designado por el mismo Jatami, ha sido sin embargo uno de los principales colaboradores de Rafsanyani, dando a entender a la comunidad internacional que la política de seguridad iraní, o al menos lo vinculado a la cuestión nuclear, no estaba decidida en última instancia por el gobierno reformista, sino por los organismos controlados por el sector pragmático o conservador.

Con posterioridad a las elecciones parlamentarias de 2004 que otorgaron la victoria al sector conservador, el Comité de Seguridad Nacional y Política Exterior del Parlamento ha sido el cuerpo al que se le ha asignado la decisión de reiniciar las actividades de enriquecimiento de uranio suspendidas por decisión de Rowhani, así como la ratificación del protocolo adicional al tratado de no proliferación nuclear exigido por el OIEA. Esto ha tenido una doble lectura. De cara al exterior, es un Parlamento legítimamente elegido el que decide, por lo que no hay nada que objetar a su legitimidad y legalidad interna e internacional. Por otro lado, los conservadores tienen ahora el control del Parlamento, por lo que una línea dura en política exterior puede provenir también desde el *Majlis*. No obstante, Rowhani continuó siendo portavoz oficial de la postura iraní en detrimento de Jarrazi.

Apenas unas semanas después de las elecciones presidenciales la continuidad en el puesto de Rowhani estaba en discusión. Como personaje vinculado a Rafsanyani, es probable que sea uno de los primeros puestos de importancia reemplazado por un miembro de la facción que apoya a Ahmadineyad en el Parlamento o un político de la primera camada de revolucionarios que actúan como asesores de Jamenei. Pero en todos los casos, la política nuclear seguirá siendo un terreno en el que ninguno de los organismos estatales pueda por sí solo decidir. Por el contrario, siendo quizá el asunto que definiría la ruptura de Irán con el sistema internacional o su reivindicación definitiva, es de suponer que la elite política iraní buscará mantener un discurso populista y combativo frente al exterior, pero consciente de que la coyuntura internacional no es ni mucho menos parecida a la de los años ochenta. Los ejemplos cercanos de Irak y Afganistán están presentes también a la hora de establecer líneas políticas por parte de los gobernantes iraníes.